

es placentera. «Olia de tiempo en tiempo la cabeza de su hijo, escribe Timkowski á propósito de un padre mogol, muestra de ternura paternal en uso entre los Mogoles, y equivalente al abrazo (1).» Entre los Indios de las islas Filipinas, «está tan desarrollado el sentido del olfato, que oliendo un pañuelo de bolsillo pueden decir á quien pertenece; los amantes, al despedirse, truecan pedazos de tela que llevan; y durante su separacion aspiran el olor del sér amado, cubriendo de besos su reliquia (2).» Lo mismo acontece entre la poblacion de Chittaongg-Hill: tienen «una manera particular de besarse. En lugar de imprimir los lábios del uno sobre los del otro, pegan la boca y la nariz sobre la mejilla y aspiran fuertemente. No dicen, *dame un beso*, sino *huéleme* (3).» Esto supuesto, obsérvese el encadenamiento de las ideas. La inhalacion del olor exhalado por una persona amada, se convierte en una muestra de afeccion por el hombre á la mujer, y como los hombres desean agradar, y gustan de recibir el testimonio del agrado que inspiran, sucede que la realizacion del acto que significa gustar de una persona, da origen á una práctica de política y á ciertas maneras de atestiguar el respeto. La manera de saludar de los Samoanos se verifica por «juxtaposicion de las narices acompañada, no de un restregamiento, sino de una aspiracion cordial. Se sacuden y huelen tambien las manos, sobre todo para con un superior (4).» Hay maneras análogas de saludar entre los Esquimales (5) y los naturales de la Nueva Zelanda (6).

El olfato y el gusto están tan cerca uno de otro, que puede esperarse el hallar actos que tienen el gusto por punto de partida, y análogos á los que derivan del olfato; nuestra esperanza no será defraudada. Las palomas se dan el pico, y los inseparables se hacen una caricia semejante; no puede negarse que este acto indica una afeccion que halla su satisfaccion en un sentimiento del gusto. Los actos de este género no pueden tener entre los animales, en la vaca por ejemplo, que lame á su becerro, otro origen que la impulsión de un deseo que en este acto halla su satisfaccion; y aquí la satisfaccion consiste evidentemente en la impresion que produce sobre la ternura maternal, la viva sensacion causada por el vástago. Entre ciertos animales, otras formas de afeccion dan origen á análogos actos. Para un perro, lamer la mano ó la cara cuando

(1) Timkowski. *Travels to Mongolia*. London, 1827, I, 196.

(2) F. Jagor. *Travels in the Philippines*. London, 1875, 161.

(3) M. Lewis, *Travels to the Sources of the Missouri*. London, 1817, 46.

(4) Rev. W. Turner. *Nineteen Years in Polynesia*. London, 1861, 346.

(5) F. W. and H. W. Becchey. *Voyage to the Pacific and Behring's Straits in 1825-28*. London, 1831, I, 345.

(6) Capt. Cook. *Journal of Last Voyage*. London, 1781, 49.

puede alcanzar á hacerlo, es una manera habitual de atestiguar su adhesion; en fin, si reflexionamos sobre la penetracion del sentido olfativo de este animal que le permite seguir la pista de su dueño, no podemos dudar que su sentido del gusto reciba igualmente una impresion que se asocia al placer de afeccion que le causa la presencia de su dueño.

Hay completa razon en deducir que el beso, como muestra de afecto en la raza humana, tiene un origen análogo. Indudablemente que la costumbre de besar no es universal, la raza negra no parece comprenderla, y en ciertos países está reemplazada por la de sorber; pero como se la encuentra en diferentes razas y vive en países muy distantes entre sí, podemos deducir que tiene el mismo origen que la accion análoga entre los animales. Lo que más nos interesa en este momento, es observar el resultado indirecto de este acto. Del beso, signo natural de afeccion, deriva el beso, medio de simular la afeccion que proporciona satisfaccion á la persona que lo recibe, y por consecuencia de esta satisfaccion, medio para ganar su favor. Por ahí se vé el camino que conduce al beso de piés, manos, vestidos y tantas otras demostraciones de ceremonia.

El sentimiento, ya tenga su origen en la sensacion ó en la emocion, produce contracciones musculares, cuya fuerza está en proporcion del ardor de aquél. El sentimiento del amor ó de la inclinacion entre otros, produce efectos de esta clase que revisten una forma apropiada. Los animales no pueden manifestar el acto más significativo de todos los que nacen de este sentimiento, porque sus miembros no están formados para la prehension; pero en la especie humana es muy evidente que este acto tiene un origen natural. Basta pensar en una madre que abraza á su hijo para comprender que la estrechez del abrazo es la medida de la fuerza del sentimiento, á ménos que la madre se contenga por temor de hacerle daño, y recordando que el sentimiento se desahoga en actos musculares, puede reconocerse tambien que estas acciones tienen igualmente por resultado el dar satisfaccion á este sentimiento, haciendo experimentar una viva impresion de posesion. ¿Tenemos necesidad de añadir que entre los adultos los sentimientos parecidos á éste dan lugar á actos análogos?

Pero no debemos ocuparnos tanto de estos hechos como de los que derivan de los mismos. Hallamos en ellos uno de los orígenes de una ceremonia: un abrazo por lo mismo que expresa la inclinacion, sirve de acto propiciatorio en circunstancias en las que no está oscurecido por las prácticas impuestas por el deber. Lo hallamos en los puntos en que la dependencia gubernativa solo está débilmente desarrollada. Lewis y Clarke nos cuentan que habiendo hallado algunos Indios serpientes, «tres hombres, desmontaron de sus caballos al instante,

se acercaron al capitán Lewis y le abrazaron con mucha cordialidad (1). Un comanche, nos dice Marcy, «cogióme entre sus musculosos brazos, mientras estábamos aun montados, y apoyando su grasienta cabeza en mi espalda me imprimió una presión tan fuerte como la de un oso (2)». Snow nos dice también que entre los Fuegianos «la manera de saludar á los amigos nada tiene de grato. Los hombres venían, añade, á estrecharme en sus brazos con tanta fuerza como hubiera podido hacerlo un oso».

El sentimiento que se desahoga en actos musculares dirigidos á un fin como en los precedentes ejemplos, se desahoga también en acciones musculares sin objeto. Los cambios que de él resultan son generalmente rítmicos. Todo movimiento considerable de un miembro le pone en una posición tal que le es fácil un movimiento en sentido contrario, porque los músculos que producen el movimiento en sentido contrario, se hallan entonces en la mejor posición para contraerse, y también porque han descansado algo. Por eso es natural batir una contra las palmas ó contra otras partes del cuerpo. Este gesto en una manifestación espontánea de placer entre los niños, y el punto de partida de una ceremonia entre los salvajes. En Loango, un palmoteo constituye «la más elevada muestra de respeto (3)», é igual significación tiene entre los negros de la Costa, los Africanos Orientales y los naturales de Dahomey. Entre otros actos destinados á dar la bienvenida, los naturales de Batoka «golpean sus muslos con las manos (4)». Los Bolondas palmotean y también «tocan un redoble sobre sus costillas con sus codos (5)». En la costa de Guinea y en Dahomey, una de las maneras de saludar consiste en hacer chasquear los dedos. Los movimientos rítmicos de los músculos, de los brazos y de las manos para expresar el placer, real ó fingido, en presencia de otra persona, no son los únicos movimientos que sirven para saludar; también las piernas entran á la parte en ello. Frecuentemente los niños «saltan de gozo», y á veces puede verse otro tanto en los adultos. Por consiguiente, los movimientos del salto son susceptibles de convertirse en cumplimientos. En Loango, «muchos individuos de la nobleza saludan al rey dando grandes saltos hácia adelante y otras por dos ó tres veces y balanceando los brazos (6)». Los mismos Fuegianos, nos dicen los narrado-

(1) M. Lewis and Cap. Clarke. *Travels to the Source of the Missouri*. London, 1817, 266.

(2) Red. R. B. Marcy. *Thirty Years of Army Life on the Border*. London, 1866, 20.

(3) John Pinkerton, *General Collection of voyages*. London, 1808, 14, XVI, 331.

(4) Dr. D. Livingstone. *Missionary Travels and Researches in South Africa*. London, 1857, 551.

(5) Id. *Ibid.*, 296.

(6) T. Astley. *Collection of voyages and Travels*. London, 1745-47, III, 238.

res del viaje de exploración del capitán Wilkes, atestiguan sus buenos sentimientos «saltando (1)».

El sentimiento, al desahogarse, hace contraer los músculos de los órganos vocales, lo propio que los demás. Por esto los gritos, muestras de gozo en general, indican el placer que se experimenta al encontrar una persona querida, y sirven para atestiguar la alegría ante la persona cuya simpatía se pretende. Entre los Fijianos el respeto se muestra por «el *tama*, grito de veneración que los inferiores echan cuando se acercan á un jefe ó á la capital (2)». Vimos que en Australia está uno obligado á exhalar ruidosos *couis* al acercarse á un campamento á ménos de una milla de distancia, acción que, después de haber expresado ante todo el placer de la reunión, ha sido más tarde la expresión de intenciones amistosas que se convierten en dudosas si la aproximación se hace en secreto (3).

Todavía puede hacerse mención de otro ejemplo. Las lágrimas son un efecto de sentimientos profundos generalmente penosos, pero algunas veces también lo son de sentimientos gratos llevados al extremo. Por consiguiente, las lágrimas, como señal de gozo, conviértense algunas veces en una práctica de política adulatora. Hallamos su comienzo en las tradiciones hebraicas, por ejemplo en el recibimiento de Tobías por Raquel cuando ésta reconoce en él al hijo de su primo; «entonces Raquel se adelantó, y le abrazó y lloró». Entre ciertas razas, un rito social induce á este origen. En la Nueva-Zelanda, un encuentro empieza por un caluroso *tangi* entre ambas partes; pero después de reunidos y en presencia uno de otro, durante un cuarto de hora ó más, ocupado en gritar mucho exhalando lamentos y gemidos capaces de partir el alma, el *tangi* se transforma en un *hungi*, y ambos conocidos se restregan la nariz gruñendo de satisfacción (4). Hé aquí una costumbre que se convierte en ceremonia pública. A la llegada de un gran jefe, «las mujeres se colocaban en una colina y era largo y ruidoso el *tangi* que hacían á su aproximación; pero de vez en cuando se interrumpían para conversar un poco y reír; después, ma-

(1) En la obra titulada *Early History of Mankind* (segunda edición, p. 51, 52), Mr. Taylor habla de estas prácticas del siguiente modo: «La clase inferior de saluciones, las que solo tienen por objeto producir sensaciones gratas, corresponden á la clase de cortesía que vemos cambian entre sí ciertos animales. Tales son las palmaditas, las caricias con las manos, los besos, la presión de la nariz, el soplar, el sorber, etc. Hacen oficio de signos de amistad ó de saludos, los gritos que son expresiones naturales de gozo, por ejemplo, el batir las palmas en África y los saltos en la Tierra del Fuego.» Pero M. Taylor no indica el origen fisisicológico de estos actos.

(2) Williams. *Fiji and the Fijians*. London, 1860, I, 37.

(3) Sir T. L. Mitchell. *Journal of Expedition in to New South Wales*. London, 1839, I, 249.

(4) G. V. Aaga. *Savage Life and Scenes in Australia and New Zealand*. London, 1847, I, 247.

quinalmente, poníanse á llorar de nuevo. Otros pueblos malayo-polinesios tienen igual costumbre que poseen también los Tupis de la América del Sud.

A estos ejemplos de la manera cómo ciertas manifestaciones naturales de las emociones originan ceremonias, pueden añadirse otros ejemplos de la manera como las que no son efecto directo de acciones espontáneas, derivan sin embargo de ellas por una sucesión natural; pero no por vía de simbolización intencional. Bastará indicarlos brevemente.

Livingstone nos enseña que en el África Central, la gente crea entre sí relaciones de consanguinidad bebiendo un poco de sangre unos de otros (1). En Madagascar, en Borneo y otras varias partes del mundo, existe una manera análoga de contraer la fraternidad; y también existía entre nuestros antepasados. Quiere verse en la misma una práctica simbólica. Pero cuando se estudian las ideas primitivas y se vé, como hemos visto, al hombre primitivo creer que la naturaleza de una cosa penetra en todas sus partes, é imaginar por lo tanto que se asimilará el valor de un enemigo denodado comiendo su corazón, ó se inspirará en las virtudes de un padre difunto, moliendo sus huesos y bebiendo su polvo diluido en agua, compréndese que otros crean que bebiendo unos de otros su sangre, establecen entre sí una comunidad real de naturaleza.

Lo mismo sucede con la ceremonia del trueque de los nombres. Entre los Shoshones «el mayor cumplimiento que un hombre puede hacer á otro, es el de prestarle su propio nombre (2)». Los Australianos cambian su nombre con los Europeos para atestiguar sus sentimientos fraternales (3). Esta costumbre muy extendida deriva de la creencia de que el nombre es una parte del individuo. Poseer el nombre de un hombre es lo mismo que poseer una porción de su sér, y eso pone al poseedor en estado de hacerle daño. De ahí nace que en muchos pueblos las personas procuran ocultar sus nombres. Pues el trocar de nombres es hacer participar á otro de su mismo sér, y al propio tiempo darle poder sobre sí mismo, lo cual supone una gran confianza recíproca.

En Vate se acostumbra, «cuando quiere hacerse la paz, matar á uno ó muchos individuos del pueblo y mandar sus cuerpos á aquellos con los cuales se combate para que los coman (4)». En las islas Samoa, «cuando un partido se somete á otro, es costumbre que el vencido se prosterne ante el vencedor, pre-

(1) Dr. D. Livingstone. *Missionary Travels and Researches in South Africa*. London, 1857, 448

(2) Bancroft. *The Native Races of the Pacific States of North America*. London, 1875, VI, 438.

(3) G. F. Anga, *Savage Life, etc.* I, 59.

(4) Cap. J. E. Erskine. *Journal of a Cruise among the Islands of the Western Pacific*. London, 1853, 534.

sentándole un pedazo de leña y un paquete de las hojas de que se sirve para envolver los cerdos al cocerlos al horno (algunas veces se añaden cuchillos de bambú), como diciéndole: «mátanos y haznos cocer si quieres (1)». Cito estos hechos porque ofrecen un punto de partida de donde puede nacer una ceremonia que parece artificial. Pues las tradiciones del canibalismo entre los Samoanos acaban de desaparecer, y la persistencia en la costumbre de ofrecer leña, hojas y cuchillos en prueba de sumisión, podría, en virtud del método de interpretación ordinario, pasar por una práctica instituida deliberadamente.

Entre los Dacotas, en señal de paz se entierra un tomahawk, y entre los Brasileños se hace un presente de arcos y flechas. Puede decirse que estos actos son símbolos, pero también que son modificaciones del acto simbolizado; en efecto, cuando se da de mano á las armas, se deja necesariamente de combatir; y lo mismo sucede cuando se da sus armas al enemigo. Si entre los pueblos civilizados por ejemplo, el vencido rinde su espada, el acto por el cual se despoja de sus medios de defensa, es un acto de sumisión personal; pero cuando quien lo realiza es un general, acaba por convertirse en señal de rendición de su ejército. Igualmente, cuando en ciertas partes de África, por ejemplo, se vé que «negros libres se hacen voluntariamente esclavos solo con verificar la ceremonia que consiste en romper una lanza ante su futuro dueño (2)», no hay razón en decir que la relación artificialmente establecida por este acto, se acerca todo lo posible á la que se realiza cuando un combatiente captura y reduce á esclavitud al enemigo cuya arma está rota. El acto simbólico simula el acto real.

Véase un ejemplo instructivo que se parece mucho á estos actos. Me refiero á la costumbre consistente en llevar ramas verdes en señal de paz como acto propiciatorio y como ceremonia religiosa. Como signo de paz se halla esta costumbre entre los Araucanos, los Australianos, los Tasmanianos, los pueblos de Nueva Guinea y de Nueva Caledonia, en las islas Sandwich, Tahiti, Samoa y Nueva Zelanda. Los Hebreos se servían también de ramas de árbol para obtener el permiso de acercarse (II Macch. XIV, 4). A veces hallamos la misma costumbre usada, no ya para significar la paz, sino la sumisión. Los Peruanos, «hombres y niños, dice Cieza, salieron con ramas verdes y palmas para pedir gracia (3)». Entre los Griegos, el suplicante llevaba un ramo de olivo. En las

(1) Rev. W. Turner. *Nineteen Years in Polynesia*. London, 1861, 194.

(2) Dr. D. Livingstone. *Missionary Travels, etc.* II, 49.

(3) Cieza de Leon. *Travels A. D. 1852-60*. (Hackluyt Society). London, 1864, cap. 44.

pinturas murales de los antiguos Egipcios, vemos palmas llevadas en procesiones fúnebres para captarse el favor del muerto (1); y en nuestro tiempo hallanse con mucha frecuencia en Egipto y en un cementerio musulmán «palmas entrelazadas grabadas sobre las tumbas (2)». En un pasaje de Wallis relativo á los Tahitianos, vemos transformada esta costumbre en práctica religiosa: se habia dejado un gallardete flotar por la ribera, los naturales tuvieron miedo de él, y se aproximaron llevando ramas verdes y trayendo pequeños cerdos que depusieron á los piés de la pértiga. Las ramas de árbol desempeñaban su papel en el culto de Oriente; pruébalo la prescripcion del Levítico (XXIII-40): «Tomareis fruta de un árbol sano, ramas de palmera, y os reunireis delante del Señor.» Tenemos de ello la confirmacion en la descripcion que de los elegidos en el cielo nos hace el Apocalipsis: «ellos están ante el trono con palmas en la mano.» (Apoc. VII, 9). La explicacion es fácil de hallar, pues tenemos el camino indicado. Las relaciones de un gran número de viajeros ponen muy de relieve el hecho de que el acto de deponer las armas cuando se acercan extraños, es considerado como significando intenciones pacíficas; es evidentemente porque este acto es la negacion de intenciones opuestas. Entre los Cafres, dice Barrows, «un mensajero de paz se reconoce en que depone su azagaya ó su lanza en tierra á doscientos pasos de distancia de aquellos á quienes se dirige, y en que desde allí se adelanta con los brazos estendidos (3)». Con esta posicion quiere evidentemente demostrar que no lleva ninguna arma escondida. Pero ¿cómo probar que no la lleva cuando se está harto lejos para que las armas, caso de llevarlas, sean visibles? Pues simplemente llevando otros objetos que sean visibles; y las ramas cubiertas de follaje son los más gratos y convenientes para ello. Tenemos á mano una comprobacion. Los Tasmanianos tenían un medio para engañar á los que les creían desarmados á juzgar por las ramas verdes que llevaban. Tenían la habilidad de andar llevando su lanza entre los dedos del pié. «El negro... aproximándose con muestras de amistad, arrastraba con sus dedos del pié la lanza fatal (4)». Por arbitraria que esta costumbre resulte, cuando solo se la considera en sus últimas formas, se vé que no lo es en manera alguna cuando uno se remonta á su origen. Admitiendo el testimonio de que el extraño que se adelanta está desarmado, la rama

(1) Sir Gardner Wilkinson. *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians*. London, 1847.

(2) C. B. Klunzinger. *Upper Egypt*. London, 1878, 106.

(3) Sir John Barrows. *Travels into the Interior of Southern Africa*. London, 1806, I, 75.

(4) West. *History of Tasmania*. II, 7.

verde es desde el primer momento la señal de que este extraño no es un enemigo. Más tarde, la rama se une á otras muestras de amistad. Subsiste cuando la propiacion se transforma en sumision. Así es como se asocia á otros actos diversos que expresan la veneracion y la adoracion.

Todavía falta añadir un hecho, porque nos enseña con claridad cómo cuando se ignoran los orígenes naturales de una ceremonia, se desarrolla la interpretacion que hace de ella una accion instituida con deliberado propósito. «Se dan grandes festines, dice Baker en su descripcion de los casamientos de los Árabes, y el desgraciado novio sufre la prueba del látigo que le aplican los padres de la doncella para probar su valor... Si el dichoso marido quiere pasar por hombre valiente, debe sufrir este castigo con expresion de gozo; en este caso, el tropel de mujeres, enagenado de admiracion, exhala agudos gritos (1)». En esta costumbre vemos que en lugar del raptó primitivo, al que la mujer y sus padres oponen una resistencia enérgica, en lugar de una captura realmente llevada á cabo, como entre los Kamtchadales, á pesar de los golpes y heridas que «todas las mujeres del lugar» inferen al raptor, en lugar de las modificaciones de la *formalidad de captura* en la cual el raptor, en una persecucion simulada, es más ó ménos maltratado por los perseguidores, tenemos una modificacion en la que la persecucion ha desaparecido y en la que el esposo recibe pasivamente los malos tratamientos. Entonces se forma la creencia de que el castigo del novio es una prueba instituida con deliberado propósito «para probar su valor».

Nosotros no pretendemos que estos hechos demuestren perfectamente que, en todos los casos, las ceremonias sean modificaciones de accion que primitivamente se adoptaron á fines intencionales, ni que el carácter simbólico que parecen tener resulte de haber sobrevivido entre circunstancias cambiadas. Solo quise indicar de la manera más breve las razones que existen para desechar la hipótesis dominante que hace derivar las ceremonias de una simbolizacion reflejada, y para justificar la creencia de que siempre podemos hallar un origen de ellas en la evolucion. Más adelante veremos que esta confianza queda abundantemente justificada.

Lo que más que todo ha hecho que solo una muy escasa atencion se dedicara á los fenómenos de este orden, por universales y notables que sean, es

(1) Sir S. Baker. *The Nile Tributaries of Abyssinia*. London, 1867, 125.